

Máquinas de pesadillas. Vivir en las fronteras.

Nightmare machines. Living on the borders.

Resumen

El calentamiento global ha desatado una vorágine de altas temperaturas, megasequías, inundaciones catastróficas, ríos contaminados y océanos acidificados. Debido a ello, millones de personas se ven obligadas a abandonar sus territorios acosadas por el hambre y la falta de oportunidades. Además, están las guerras, el narcotráfico y las múltiples formas de la violencia.

Este texto se propone reflexionar sobre los desplazamientos de migrantes principalmente en América Latina y el modo en que los lenguajes del arte contemporáneo dan cuenta de ellos (fotografía, cine, instalaciones, performances, arte popular). Vinculada al concepto lotmaniano de Semiosfera, tomaremos la categoría teórica de Frontera, sus discusiones y sus posibilidades de reflexión sobre problemáticas actuales.

Palabras clave: culturas; fronteras; desplazamientos; conflictos; ecoarte

Abstract

Global warming has unleashed a maelstrom of high temperatures, mega-droughts, catastrophic floods, polluted rivers and acidified oceans. Due to this, millions of people are forced to leave their territories haunted by hunger and lack of opportunities. Then there are wars, drug trafficking and the multiple forms of violence. This text aims to think about migrant movements mainly in Latin America and the way in which the languages of contemporary art account for them (photographs, cinema, installations, performances, popular art). Linked to the Lotmanian concept of Semiosphere, we will take the theoretical category of Border, its discussions and its possibilities of reflection on current problems.

Keywords: cultures - borders - displacements- conflicts - eco art.

*Una simple línea separa el mundo en dos orillas.
El hombre las sujeta con el llanto.
También con la alegría.
Gonzalo Vaca Narvaja*

Culturas en conflicto

Más que nunca somos conscientes de que el calentamiento global ha desatado una vorágine de altas temperaturas, megasequías, incendios, inundaciones catastróficas, ríos contaminados, volcanes en erupción y océanos acidificados. Sabemos también que millones de personas se ven obligadas a abandonar sus territorios acosadas por el cambio climático, el hambre y la falta de oportunidades, además de las guerras, el tráfico de personas y estupefacientes, y las múltiples formas de la violencia. Entre los factores de mayor violencia que obligan a los desplazamientos de las comunidades, se encuentran sin dudas los extractivismos. Saskia Sassen analiza el fenómeno en su complejidad y exhaustivamente:

Mientras la amplia mayoría de las personas desplazadas en todo el mundo siguen siendo expulsadas forzosamente de sus hogares por conflictos políticos nuevos o persistentes, también hay un aumento de los expulsados por desastres ambientales. Y factores como la pobreza y los conflictos políticos, de por sí capaces de impulsar dinámicas globales de expulsión, también intensifican el impacto de los desastres ambientales sobre los pobres del mundo. (2015,p.76)

¿Pueden las teorías y las prácticas artísticas no solo ayudarnos a pensar sino también a proponer soluciones en un momento en que las fronteras –fronteras naturales, fronteras culturales–, se han convertido en zonas de catástrofes ecológicas y humanitarias? Lugares espinosos donde las culturas distinguen lo propio de lo extraño, o mejor dicho de esos extraños cuya entrada no debe permitirse y, por lo tanto, esos bordes no devienen, como pensaron algunos teóricos, zonas de tránsito y confluencia de culturas. Lo que Lotman, al trabajar su categoría teórica de *semiosfera* (1996) definió como una “frontera semiótica permeable” señalando concretamente que

La cultura crea no solo su propia organización interna, sino también su propio tipo de... estructuras externas, dispuestas al otro lado de la frontera semiótica, y declaradas no-estructuras. La valoración de los espacios interior y exterior no es significativa. Significativo es el hecho mismo de la presencia de una frontera ...el espacio “no-semiótico”, de hecho, puede resultar el espacio de otra semiótica. (1996, p.73)

La categoría de frontera tiene una densidad teórica propia, pero debe pensarse en relación con el concepto de cultura entendida esta como un sistema complejo, una trama de prácticas, de imaginarios y de significaciones que implican disputas: de territorios, de ideologías, de memorias, de apropiación de símbolos, de creencias, de lenguajes, de estrategias y de luchas.

El concepto de *semiosfera* ([1984]1996) desarrollado por Juri Lotman por los años 80 para pensar el dinamismo de las culturas se centra justamente en la particularidad de sus fronteras y en las relaciones que distinguen lo propio de lo ajeno, ya sea esta otredad interna

o externa a la propia cultura. Porque por ahí cerca nomás, digamos a la vuelta de la esquina, hay siempre otros y un mundo-otro.

Uno de los rasgos distintivos de la semiosfera –el carácter delimitado– indica la existencia de bordes o fronteras, es decir un espacio (físico, geopolítico y simbólico) donde se producen procesos de traducción e intercambios comunicativos y semióticos de todo tipo. Un lugar poroso que semiotiza e interpreta los textos de las otras culturas y los incorpora traducidos al universo propio. La construcción del *orientalismo*, es decir, la lectura que hace occidente del mundo oriental, es siempre un muy buen ejemplo. Admirado o demonizado, Oriente (y Medio Oriente) ha sido siempre para Occidente un afuera, un más allá, el mundo del Otro cultural. Porque el Otro aparece como una diferencia irreductible, como una *irrupción* que persiste solo en esta diferenciación.

Y este afuera puede ser tanto otra cultura como el mundo natural, este último entendido muchas veces como un espacio caótico e indescifrable, salvaje, bárbaro y, por lo tanto, posible de ser conquistado, apropiado, arrasado.

Son abundantes los ejemplos de nuestros días, pero como muy notable podemos citar el caso de la frontera aborígen en Brasil donde ocupantes recientes de estas tierras y deforestadores compulsivos hicieron una demanda contra los pueblos originarios alegando que la posesión se garantiza a quienes estaban en la zona al momento de la promulgación de la Constitución del año 1988. Luego de movilizaciones y demandas por parte de las comunidades, la Corte Suprema ha decidido “postergar” el juicio (diario *on line*, Infosiberia 26/08/21). Se verá hasta cuándo porque toda distracción es aprovechada para avanzar contra los derechos de muchos, incluidos los de la naturaleza. Cómo señala Eugenio Zaffaroni, “lejos de ser nuevo, el tema replantea la cuestión de los derechos de humanos y entes no humanos” (2012, p.23), aspecto fundamental y “problemático” este de los derechos y que merece ser tratado particularmente.

Es cierto que muchos teóricos han leído a las fronteras como lugares de enunciación políglotas, dialógicos y de creatividad. En estos términos se refieren Gloria Anzaldúa (1999) o García Canclini (2001) que, aun reconociendo las diferencias, asignan posiciones de sujetos beneficiados por sus “culturas híbridas”. Este impulso “básicamente benévolo” diría irónicamente Gayatri Spivak (2013) se desentiende del hecho de que las fronteras son también zonas de exclusión y de conflictos dado que todo diálogo es siempre asimétrico. Porque en la actualidad el que está hacinado en una frontera, en un campo de refugiados y en las peores condiciones, el que es el extranjero, el desplazado, el hambriento, el perseguido, el asustado, el transexual, el sometido a los peores maltratos y las peores injusticias, no puede pensar en esa frontera como un lugar de diálogos e intercambios fructíferos, sino más bien

como un borde filoso y cortante donde lo que corre peligro es su vida misma. Por lo tanto, se nos hace indispensable una teoría de la frontera que piense el conflicto, la construcción de diferencias, el avasallamiento de los derechos humanos, la separación manifiesta tanto en su concreción material, pero también simbólica, como lo es el muro, la pared, el vallado, el foso, el agua, el desierto, el alambre de púas.

En la actualidad las fronteras visibilizan las tres grandes crisis y conflictos del mundo: las crisis políticas, la crisis ecológica y las crisis de la pobreza y las migraciones constitutivas de las lógicas del fenómeno de acumulación del capital. Y no hay que hacer ningún gran esfuerzo para encontrar la estrecha vinculación entre los tres conflictos. Para decirlo en términos de Eduardo Viveiros de Castro, uno podría decir que las fronteras se han convertido en “máquinas de pesadillas” (2013, p.32).

Otro ejemplo actual para mostrarlo: el desplazamiento de los haitianos varados en el Tapón del Darién, ruta de migrantes en busca del sueño americano. La crisis política de este país, el reciente magnicidio, los terremotos y ciclones, el hambre y la pobreza, las mafias y los cárteles de drogas han hecho que, frente a la imposibilidad de entrar a Santo Domingo, el país vecino, los haitianos se lancen a cruzar el Caribe con la intención de llegar a Colombia y de allí pasar a Panamá y emprender a pie una casi imposible travesía hasta la frontera de México con Estados Unidos. Los que sobreviven al cruce del Caribe en precarios gomones quedan varados entre Capurgana y la selva. Recorren caminos peligrosísimos, muchos se resbalan, se despeñan, otros se pierden, otros se enferman y mueren. Es el único cruce terrestre a Panamá y la selva devora. Hay también africanos, colombianos, venezolanos e indígenas de diferentes etnias. Cruzar Centroamérica, llegar a México y de manera ilegal cruzar el río Bravo e ingresar a los Estados Unidos es, no solo arriesgar la vida, sino dar con el seguro destino de ser deportado nuevamente a su país de origen. “Prefiero que me maten antes de que me manden de vuelta a Haití” (Milenio CDM. 17 de septiembre de 2021), termina diciendo a un periodista un hombre que cuenta los infinitos sufrimientos vividos en la travesía y que ahora elige quedarse en México donde al menos lo han ayudado las Organizaciones para los Migrantes y donde tiene esperanzas de conseguir algún trabajo.

Está entre los millones de desplazados a los que alude un poema de Hugo Rivella: “Más de 200 millones de migrantes buscan una metáfora posible / un mundo que no sea murmullo ni espejismo / El pueblo al que ansío llegar se ha oscurecido, y no diviso lo que dejé atrás/ Errar / Migrar” (Del poemario: *Centro de tormentas*, s/f. inédito)

Infancia en movimiento

En junio de 2018 el fotógrafo John Moore tomó la imagen de una niña hondureña llorando mientras su madre era detenida después de cruzar la frontera entre México y EEUU. En 2019, esta fotografía titulada “Niña llorando en la frontera” ganó el Premio de la *World Press Photo* entendiendo que lo que se muestra es la violencia psicológica contra los niños. También de 2019 es la fotografía tomada el 24 de junio por la fotoperiodista Julia Le Duc, en la que un padre y su hijita de dos años yacen boca abajo en las orillas barrosas del Río Bravo, la cabecita de la niña metida dentro de la camiseta del hombre y un bracito alrededor del cuello del papá. Es el retrato de la desesperación de las horas posteriores de Oscar Alberto Martínez Ramírez, quien murió junto a su hija de 23 meses, Valeria, cuando intentaban cruzar desde México hacia Estados Unidos. El borde que acoge y entierra a tantos “espalda mojada”, a tantos excluidos.

Durante siglos, gran parte de la humanidad se ha dedicado a levantar muros. Algunos son simplemente muros, otros murallas, líneas fronterizas o fortalezas que fueron levantados para impedir o dificultar la entrada en un lugar determinado, para protegerlo de supuestas amenazas externas. Sin embargo, otros, por el contrario, fueron construidos para evitar la salida, convirtiendo el territorio en una especie de cárcel colectiva. Otros se han convertido hoy en espacios emblemáticos de las contradicciones que encierran los procesos socio-económicos vinculados a la globalización, tales como la frontera México-Estados Unidos, que nos sirve habitualmente como «modelo emblemático». (Ribas Mateos, 2011, p.54)

Las imágenes, poderosas y perturbadoras, son una desoladora muestra del peligroso recorrido que los migrantes –casi todos mexicanos, guatemaltecos, salvadoreños, hondureños, dominicanos camino a los Estados Unidos, “la tierra de la libertad y la bonanza” (sic)– enfrentan en su paso y las trágicas consecuencias no sólo del viaje sino del encuentro con la policía fronteriza, las mafias o los “coyotes” armados que los cazan (literalmente) del otro lado. En este mismo momento, el tren llamado La Bestia cruza México como una bala, lleno de gente en condiciones infrahumanas, una caravana de 9000 hondureños a pie ha partido de su país rumbo al Norte y en un camión convertido en una trampa mortal se asfixian cerca de cien ilegales abandonados por quien los trasladaba. ¿Tienen esas imágenes el potencial de despertar la conciencia pública? Poderosas y perturbadoras, enfocan el profundo sufrimiento de las personas desplazadas, refugiadas y migrantes: historias dramáticas que a menudo son ensombrecidas aún más por el desprecio, los malos tratos, la xenofobia, el abandono y las persecuciones. Y desnudan los mismos conflictos que sirven a los gobiernos para ocultarlos o ignorarlos.

Para nuestro cotidiano dolor, la miseria de los niños no ha acabado en el mundo, millones se desplazan de un lugar a otro, dentro y fuera de sus fronteras. En muchos casos viajan solos, sin nadie que les proteja y son objeto de explotación, abuso, tráfico de órganos,

trata e infinitas formas de violencia. Son niños y niñas que forman parte de un movimiento mucho mayor de población migrante que tiene lugar en todo el planeta, aunque las imágenes que vemos a diario son las de las caravanas de a pie que atraviesan México para tratar de llegar a la frontera con Estados Unidos o las pateras cargadas de migrantes en el mar Mediterráneo o el Atlántico, salvados en el mejor de los casos, por barcos socorristas.

De allí el concepto de “Infancia en movimiento” que han acuñado las organizaciones humanitarias: designa a los miles de niños, niñas, adolescentes que emprenden una peligrosa travesía, muchas veces solos, empujados al camino por su misma familia para alcanzar el sueño de encontrar, con un poco de suerte, una tierra que les permita olvidar el sufrimiento. Todo sistema de protección parece estar fallando: las organizaciones no dan abasto, los gobiernos se desentienden, las mafias acrecientan sus ganancias (“la droga se vende una vez, una persona puede venderse hasta siete veces”, me dijeron en México ante mi desolación), los movimientos anti inmigrantes crecen y crecen con un espíritu xenófobo de razones simplificadas, pero en realidad muy complejas.

Si uno piensa en la cruzada actual de tantos niños del mundo puede partir de aquellos apropiados por la dictadura como práctica sistemática del terrorismo de Estado en la Argentina o las más de 2000 niñas secuestradas por Boko Haram en Nigeria. Más benignamente puede imaginar un texto literario, un dibujo animado, una canción o una película como la española dirigida por Salvador Calvo y reciente ganadora del Goya: *Adú*.

Basada en hechos reales, cuenta la travesía de un niño de seis años que parte de Camerún para llegar a Europa buscando a su papá. Los conflictos raciales, los traficantes de órganos y la vida en los campos de refugiados y en la frontera no le hacen el camino nada fácil.

De esta parte del mundo tenemos la película mexicana *Al otro lado* (2005) dirigida por Gustavo Loza que toma el revés de la misma historia. Tres niños de México, Cuba y Marruecos esperan a sus padres y sueñan con traerlos de vuelta. Quienes quedan también son víctimas, en este caso, de la aventura de sus familias.

Las largas marchas

Venimos diciendo que las difíciles travesías por tierra o por agua es una constante de las migraciones. Sabemos que la gente se pone en movimiento, a veces por decisión propia, otras por persecuciones, por desesperación, por hambre y porque las circunstancias no le dejan otra opción.

En una sala de Buenos Aires el artista y performer Daniel Acosta realizó hace unos años una instalación integrada por más de 500 barquitos de papel. Iguales a esos que

hacíamos cuando éramos chicos y poníamos en la calle para que se los llevara la pequeña corriente que dejaba la lluvia. Esos que parecían fáciles de armar, pero a mí nunca me salieron y apenas los dejaba en el agua se tumbaban y naufragaban en el acto. Acosta define su arte como una acción en defensa del medio ambiente, pero es posible leerlo como una metáfora de las travesías de los hombres a lo largo de la historia, porque la condición de humanidad nace como una larga migración desde el África subsahariana hace entre 140.000 y 200.000 años.

También la instalación puede entenderse como una denuncia de los miles de naufragos de todos los tiempos y en todas las circunstancias: aventureros, hombres y mujeres esclavizados, migrantes, fugitivos que se lanzan al mar desesperados. Y África es hasta la actualidad, una cantera inagotable de gente perseguida, esclavizada, conquistada y expulsada de su propio continente.

En Martinica, en la costa sur que da sobre el Atlántico, en Anse Cafard, hay un bello monumento a los africanos esclavizados que traían en un barco negrero, como se llamaba por entonces a este transporte y a sus viles comerciantes. En esa embarcación venían unos doscientos esclavos y muy cerca de la costa ocurrió un naufragio del que pocos pudieron escapar porque estaban encadenados. El monumento es un memorial que no permite a la bella isla a la que André Bretón llamó “encantadora de serpientes”, olvidar la infamia. (Barei, 2012, p.78).

Leo en un periódico: “Las cubiertas fueron arrancadas junto con las boyas. Algunas personas se aferraron a las tablas de madera. Muchos murieron, niños, mujeres, hombres”. (Página 12. 11 de abril de 2021). Hablan Ousmane y Mamadou, hermanos y sobrevivientes de hace unos días en un naufragio en el Mediterráneo. Los nombres africanos, la situación, la precariedad del viaje pueden confundirnos los tiempos. ¿Son los esclavos que se salvaron en las costas de Martinica en 1830, o son los nuevos migrantes lanzados al cruce hacia Europa en una barca frágil como los papelitos de papel de Daniel Acosta, o son los haitianos que huyen hacia el continente para quedar finalmente varados en la selva del Darién? ¿Son venezolanos perdidos en el desierto de Atacama, abandonados por sus transportes y sin saber dónde está el río que les dijeron que tenían que seguir? ¿Son los Wichis de Salta y su larga caminata en pandemia?

Porque las culturas tienen también fronteras internas que delimitan no solo identidades, sino clases sociales, etnias, modos de vida, ideologías y subjetividades. Y en estos pocos años del siglo XXI esas fronteras se han acentuado como si el aumento de las diferencias sociales y económicas y la devastación del mundo natural tuvieran todavía un

límite que puede correrse. Una reflexión sobre el mundo amerindio es siempre buen ejemplo de lo que decimos.

Porque, allá por el siglo XV un marino, al que muchos consideraban loco, escribió a su reina contándole que había llegado al Paraíso, un lugar "de otro mundo" donde "van los navíos alzándose hacia el cielo suavemente" (1982). Ese mundo era un continente al que otro italiano, Américo Vespucci, habría de dar nombre años más tarde, inaugurando al mismo tiempo el deslumbramiento por la maravilla y la miseria de la conquista a sangre y fuego. A lo que no accedimos nunca es a la voz silenciada de los habitantes de un paraíso que al poco tiempo dejó de serlo para convertirse en el imaginario de una tierra baldía, prolongación de una patria lejana que había que refundar de este lado del mar. Los nativos habían pasado a ser nada o nadie digno de ser considerado humano.

Esto sigue sucediendo en estos días con los pueblos originarios y los migrantes en un escenario que cinco siglos y pico después se materializa en muros de alambre, de piedra o de agua, en el cruce de territorios desertificados por la tala o por la soja y que parecen decir: *Por aquí no pasarás. Este no es tu territorio. Si mueres en el intento es culpa tuya.*

El 16 de noviembre de 2020 –siglo XXI y plena pandemia– los wichis emprendieron una larga marcha hacia Salta Capital bajo la consigna: "*Olhamelh ta ohape'én wichi olhaitatwek wet oyhiken, otú'ke onayhij ta is alho'o*" ("Nosotros, los wichí, nos unimos todos y nos vamos caminando en busca de nuestros caminos y derechos"). La Unión Autónoma de Comunidades Originarias del Pilcomayo, presidida por Abel Lutsej Mendoza (primer político indígena de la nación wichí), fue creada en situación de pandemia y en su primer plenario aprobó un petitorio de temas urgentes y las próximas medidas de acción.

La caminata –sin precedentes e histórica– reunió a los pueblos wichí, chorote, chulupí, tapiete, qom, guaraní, chané, kolla y diaguita, convocados por los caciques y anunciado –aunque Ud. no lo crea– en su propio idioma en las redes sociales. Dicen:

La pandemia dejó al descubierto ... la ausencia de recursos sanitarios, la desnutrición, la mortalidad infantil, la falta de agua y de asistencia médica intercultural, el saqueo de nuestro territorio, la quema intencional y la tala del monte nativo sin control, la contaminación de los ríos que afecta nuestra soberanía alimentaria, la falta de educación intercultural de calidad, la violencia de la fuerza de seguridad, la precariedad jurídica y la ausencia de diálogo político. (en Facebook. Comunidad wichi 16 de noviembre de 2020)

En un artículo publicado por la Revista *Alfilo* de la Universidad Nacional de Córdoba, la antropóloga Mariana Espinosa hace un informe sobre la situación de desamparo que viven los pueblos originarios frente a la pandemia, los desmontes ilegales y el desalojo de sus tierras. Los desmontes se hacen no sólo sobre "propiedades privadas", sino también en tierras



estatales o comunales. La “liberación” de restricciones para el desmonte está acelerando, entre otros problemas, los desalojos. En lo que va de la pandemia y la cuarentena, todos los días (¡sí, todos los días!) hay noticias de amenazas, desalojos, encarcelamientos. Algunos ejemplos: el 23 de julio, sin orden judicial, cien efectivos de la policía de Orán desalojaron a 90 familias de la comunidad guaraní CheruTumpa ubicada en Colonia Santa Rosa. En Tartagal, el 21 de octubre a las 5 de la madrugada, la comunidad wichí Yokwespehen fue violentamente desalojada por la Policía de Salta que montada a caballo llegó con una notificación firmada por el juez Aramayo y a pedido del supuesto propietario Jorge Panayotidis. Desde entonces, 15 familias con 40 niños y niñas están viviendo a la intemperie a la orilla de la Ruta Nacional 86... No existe justicia social sin justicia ambiental y viceversa.

Hace décadas que las comunidades originarias ven atacada la soberana y libre reproducción de sus culturas debido a la expropiación de la naturaleza sobre la cual se funda su cosmovisión, donde se hunden sus raíces, donde yacen sus cementerios. (2020, p.17)

Este pueblo, “dueño antiguo de las flechas” como les llama la canción de Jairo, tienen menos aún que los que menos tienen y viven desde hace siglos de promesas incumplidas, convertidos en “Sombra errante de la selva”. Y lo de errante no es simplemente una metáfora agraciada de una canción. En esta errancia se combinan ecodios y penas colectivas. Porque son efectivamente el Otro cultural.

En agosto de 2021 se desataron en la zona de Candonga en las Sierras chicas de la provincia de Córdoba, furiosos incendios que pusieron en grave peligro a la comunidad originaria llamada Pluma Blanca. De más está decir que esto no es nuevo: amenazas, vejaciones, violencias de todo tipo, invasión de tierras vienen siendo el pan de cada día de estas gentes. Porque en esa zona roja (no se puede lotear ni edificar) un emprendimiento privado contraviene la ley provincial desde hace años construyendo grandes casas en un country privado, contaminando las tierras, desplazando todos los límites y amenazando a los pueblos de las cercanías con dejarlos sin tierras y sin agua. El agua dorada del Río Chavascate que nace justamente allí.

Los habitantes de la zona y la comunidad Pluma Blanca se movilizan también desde hace años para evitar el despojo. Frente a los incendios provocados intencionalmente para ganar terrenos y abrir una ruta (que la Dirección de Vialidad de la Provincia no autorizó) estos grupos han iniciado (o continuado) una resistencia que se manifiesta en asambleas, pintadas, carteles, difusión en algunos medios y sobre todo en manifestaciones artísticas que constituyen el lenguaje al que podemos sumarnos todos en una zona rica en artistas: hay quienes hacen música, pintan, hacen artesanías de distinto tipo, escriben, hacen teatro y danza, quienes desde la ciencia ayudan a explicar. La ceguera y la sordera de las autoridades aturde, marcan una frontera que se ha cerrado a los diálogos y que se erige como un filo. De este lado, hombres, mujeres, naturaleza, animales y la amenaza del fuego. Del otro, emprendimientos inmobiliarios, desarrollistas, ricos y nuevos ricos que creen tener derechos de propiedad sobre todos, todas y todes.

La Foto 1. muestra algunos de los trabajos presentados en una de las performances acompañando la resistencia y la denuncia bajo la denominación *Acción instalación artística* convocada con la siguiente consigna, difundida por redes sociales:

Se atarán en el alambrado y tranqueras Pedacitos de telas rojas y negras, Ramitos de aromáticas, Huesitos. Adornitos, Ramitos de flores. Lavanda Y se sahumara el lugar. Somos los guardianes del Monte. Entonces decorar con monte sostiene la comunidad Pluma Blanca. AL MONTE LO DEFENDEMOS ENTRE TODES! UNIDOS! A los

corazones arrugados de la pena e impotencia, que se multipliquen en LUCHA!
(Comunicado Comunidad Comechingona Pluma Blanca, 9 de agosto de 2021.s/n)

Cultivo y cultura

Una intervención como la que comentamos arriba y que se muestra en la ilustración puede ubicarse dentro de lo que se denomina arte ecológico, o también conocido como arte ambiental, ecoarte o bioarte no solo porque su mundo de referencia es el de la naturaleza sino porque, fundamentalmente, utiliza como material elementos del mundo de la vida. En algún momento, en sus inicios, se lo llamó *land art* y toma como motivos centrales temas relacionados con el medio ambiente. Para lograrlo, el arte ecológico se vale de fotografías, esculturas, pinturas, teatro, instalaciones, música y trata de denunciar y generar conciencia acerca de los múltiples problemas ambientales. Y no siempre son artistas individuales y reconocidos quienes lo cultivan. El caso del llamamiento de la comunidad Pluma Blanca a los vecinos de la zona es un buen ejemplo.

Casi todo el arte popular, muchas veces catalogado como “artesanía” es arte ecológico o ambiental. Trabajado con elementos de la naturaleza, cumple funciones que exceden lo puramente ornamental o estético y se vincula estrechamente con la vida cotidiana o con el mundo ritualizado. Un cuenco de barro que solemos utilizar ornamentalmente, sirve en realidad para comer a diario, pero también para alimentar a la Pachamama en sus ofrendas, tanto como un arreglo floral o un bordado con lanas de colores.

Morena es una jovencita de quince años que atiende un kiosco de flores en el cementerio de Los Molinos, cerca de la ciudad de Jujuy. Pertenece a una familia de larga tradición como floristas.

Es niña aún pero ya conoce bien los nombres de todas las flores –me señala las rosas, las calas, los gladiolos, las glicinas, las siemprevivas, los crisantemos simples y dobles, las azucenas, varios tipos de lirios y margaritas, las astromelias, las clavelinas, los girasoles, las fresias, los conejitos, las matrimonias, los alhelíes, los claveles jaspeados–. Vende también flores de plástico, de papel y tejidas con lanas de colores.

Me cuenta con entusiasmo contagioso cómo se arman los ramos, las coronas y las diferentes ofrendas. Su madre es florista, su abuela también lo ha sido y antes de ellas, no sabe bien, pero escuchó la historia de un abuelito que repartía flores en burro por la Quebrada y de una tía que se ocupaba de las flores de la iglesia y de otra que participaba en el armado de alfombras de flores para la fiesta de la Sagrada Devoción. En la preparación del carnaval, la fiesta de muertos, la Navidad y la “señalada” (adorno ritual de las llamas) participaba toda la familia junto con los vecinos.

Indudablemente la trama de lo personal y lo colectivo, lo que es de alguien y lo que es de todos, lo femenino y lo masculino, el mundo natural y el cultural pueden leerse como un tejido anclado en causas comunes por fuera del nombre propio y de la propiedad.



Porque, como afirma Paulo Tavares,

las sociedades indígenas expanden los límites del entorno cultural a la multitud de seres no humanos que lo habitan...la mayoría de los pueblos no occidentales del mundo, experimentan sus relaciones con el medio ambiente y con otros seres como un continuo dentro del cual los humanos son parte de un vasto espacio social que también incluye animales, plantas y espíritus...Son ciudadanos, agentes o sujetos dentro de una arena política ampliada en la que todos participan con iguales derechos. (2019, p.61)

De paso por Tilcara, encuentro en el museo Arqueológico y Antropológico "Dr. Eduardo Casanova" una exposición sobre el arte floral. Uno de los carteles explicativos señala:

Para las sociedades andinas los rituales relacionados con la economía tienen gran centralidad ya que propician y celebran la producción.

En el producir participan una multitud de seres: humanos, animales, plantas, difuntos, ancestros, piedras, mojonos y textiles. Durante los rituales se busca hacer "florecer" a

los seres del mundo-pacha para que se reproduzcan y multipliquen, propiciando así la abundancia de lo criado.

Foto 2. tomada por la autora. Tilcara agosto de 2021 (con autorización del Museo).

Otro cartel explica el ritual de día de Muertos y el sentido de armar ramos para homenajear a los ancestros y que no nos falten sus dones. Para ello se emplean flores naturales, papel picado, serpentinas, vellón de lana de color y flores de lana de distinta forma. En otra fiesta ritual denominada la “señalada”, se decoran las tropas de llamas y vicuñas con lana ritual, colocándoles flores de lana (Chimpos) y zarcillos en las orejas, así como collares de flores.

Las chispas junto con las flores de la hacienda se guardan en grandes paños llamados unkuñeros. Es un mundo de colores que remite a la reproducción y la alegría y donde, indudablemente, humanos, animales y espíritus comparten los espacios de la cultura.

Sin dudas, esto es lo que las teorías estéticas llaman ecoarte o bioarte, pero de tradición anónima, popular y vinculada a la vida de la tierra, las estaciones, las cosechas. Lugar donde, cultivo y cultura, se dan la mano. Y aunque no lo parezca, el mercado del arte o aún una idea elitista del arte no han olvidado estas tradiciones. Particularmente hay en Argentina muchos artistas que hacen diferentes propuestas. García Canclini no dudaría en ponerlos en su clasificación de “artistas anfibios...capaces de articular movimiento y códigos culturales de distinta procedencia” (2013, p.27).

La obra textil de Alexandra Kehayoglou, por ejemplo, se compone de bosques y caminos tejidos desparramados en el suelo y en diferentes espacios por los que el espectador puede transitar y con los que se puede interactuar. Largas alfombras evocan los paisajes naturales muchas veces reconocibles por el espectador. Plantea:

Tejo inyectando amor a la tierra, en el bastidor, con lana, reproduciéndola, con la intención de que le llegue a aquel que atraviesa un sendero, a quien se sienta en un pastizal. Mi idea es que piense en la extinción del mundo natural. Y que se vaya pensando en cambiarlo. (www.admagazine.com/culturas. 16 de abril de 2018)

Esta artista teje largas alfombras que imitan caminos de la naturaleza. En el catálogo de su exposición *Senderos* en la fundación Proa señalaba:

Tejer pastizales es mi manera de rendirle homenaje al suelo pampeano, de detener el tiempo, de inmortalizar el paisaje en una alfombra. Como habitantes de esta tierra, modificamos el paisaje. Nuestro paso se imprime en el suelo dejando una marca que habla de vicios y de posibilidades.

Senderos es una instalación que remite a nuestra huella; a nuestra manera de habitar y de transitar: una pequeña red de caminos desplegados en el suelo del Café Proa (Catálogo *Senderos*, 2014).

Nicolás García Urriburu fue el artista argentino pionero en estas experiencias artísticas. Nadie hablaba de calentamiento global cuando él, en 1968, tiñó de verde los canales de Venecia para despertar la conciencia del mundo. "El arte no tiene más lugar fuera de la naturaleza: su lugar es dentro de la naturaleza", decía su *Manifiesto*, de 1973.

Usando un pigmento fluorescente que toma un reconocible color verde al contacto con microorganismos del agua, García Urriburu dejó esta impronta en Venecia, en París, en Nueva York y en el Riachuelo, donde, en 2010 se unió a Greenpeace para denunciar su permanente contaminación

Como artista siempre estoy tratando de salvar al mundo, pero si fuera ingeniero lo salvaría de otra manera. Hay que hacer lo más posible por la naturaleza", recoge una nota. "No conozco gente que haya tratado el tema más temprano que yo. Le dediqué mi vida. Soy un artista comprometido con esta causa (que) para muchos es una moda. Lamentablemente. Cosas que pensábamos que no íbamos a ver ya están pasando. Todo va más rápido de lo que creíamos (Noticias Usal, 2de julio de 2021).

El arte constituye, más allá de su dimensión estética, una dimensión política y una ética: se mueve en la dirección de hacer consciente en la sociedad las políticas y las prácticas concretas de destrucción y de exclusión. Propone en su agenda denuncias, resistencias, utopías y nuevas formas de solidaridad. Hay que ver si salva vidas en estos momentos de la historia del mundo en que el número de refugiados y desplazados ha aumentado el 35% en los últimos cinco años y la Argentina perdió el 87% de su bosque nativo en lo que va del nuevo milenio, convirtiéndose en segundo foco de deforestación de Sudamérica después del Amazonas. He aquí el ser humano y las tragedias que desata. Productor de máquinas de terribles pesadillas que van en contra de la naturaleza y sobre todo, de sí mismo.

Defendiendo posiciones progresistas necesarias en América Latina (y acaso en el mundo entero) Alcira Argumedo, en la *Presentación* de un libro de Naomi Klein, ha escrito muy recientemente unas palabras que sirven para cerrar estas reflexiones:


Contra estas alternativas que van diseñando los sectores dominantes, la Internacional Progresista convoca al compromiso de derribar fronteras aberrantes, para "construir desde abajo nuestro movimiento de movimientos, unidos más allá de las barreras raciales, étnicas, sexuales, de identidad de género, religiosas, de capacidad física y de las barreras nacionales". El compromiso es reparar un mundo azotado por el hambre, la guerra, el fascismo y la extinción. Un mundo afrontando una inédita crisis civilizatoria, que pone en cuestión la vida de nuestra especie en el planeta y nos plantea la urgencia de abordar una inmensa tarea de reparación. Porque los humanos que casualmente estamos vivos en este momento enfrentan una alternativa de hierro: el internacionalismo o la extinción...La reparación requiere afrontar simultáneamente tanto las esferas políticas como las ecológicas, reparar el daño causado al mundo natural y también las historias erróneas de vidas desplazadas... (2020, p.20).

Bibliografía

- Anzaldúa, G. (1999). *Borderlands/La frontera. The new mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Argumedo, A. (2020). Presentación. En: Klein, N. *Los años de reparación* (pp. 7-22). Buenos Aires: CLACSO.
- Barei, S. (2012). *Culturas en conflicto*. Córdoba: Ferreira Editor.
- Colón, C. (1982). Relaciones de viajes. En Consuelo Varela (comp). *Textos y documentos completos*. (Pp.97) Madrid: Alianza.
- Comunidad Comechingona Pluma Blanca (2021) "Comunicado de prensa". Sitio de la Comunidad Comechingona Pluma Blanca. Página Facebook oficial. Publicado el 9 de agosto de 2021.
- García Canclini, N. (2001[1990]). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Penguin Random House Mondadori.
- García Urriburu, N. (1973). *Manifiesto*. En: Colección Malba. Disponible en: <https://coleccion.malba.org.ar/portfolio-manifiesto/>
- García Urriburu, N. Reportaje en <https://noticias.usal.edu.ar>. 02/07/2021.
- Lotman, J. (1996 [1984]). *La semiosfera I. Semiótica de la Cultura y del Texto*. Madrid: Cátedra.
- Viveiros de Castro, E. (2013[2008]). *La mirada del jaguar*. Buenos Aires: Tinta limón.
- Espinosa, M. (2020). "Violencia en el Chaco salteño. Notas críticas sobre la situación de Pueblos Originarios". En: Revista *Alfilo*. Disponible en: <https://ffyh.unc.edu.ar/alfilo/violencia-en-el-chaco-salteno-notas-criticas-sobre-la-situacion-de-los-pueblos-originarios/>
- Ribas Mateos, N. (ed.) (2011). *El río Bravo Mediterráneo. Las regiones fronterizas en épocas de globalización*. Barcelona: Bellaterra.
- Sassen, S. (2015) *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz.
- Spivak, G. (2013[1998]). *En otras palabras, en otros mundos. Ensayos sobre política cultural*. Buenos Aires: Paidós.
- Tavares, P. (2019). En las ruinas de la selva. En: Speranza, G. *Futuro Presente* (pp. 53-66). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zaffaroni, E. (2012). *La Pachamama y el humano*. Buenos Aires: Madres de Plaza de Mayo-Colihue.

Fecha de recepción: 08 de octubre de 2021

Fecha de aceptación: 18 de noviembre de 2021

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (*by-nc-sa*): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

